

Filosofía y democracia, un vínculo aún limitado

NATALIA BUSTELO¹

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)

Durante los últimos cuarenta años, la democracia argentina ha mostrado que puede ser más que la forma política de un Estado. Pero también mostró que para que con ella “se coma, se cure y se eduque” son necesarias la organización y la movilización “desde abajo”. Sin los sindicatos y los movimientos de trabajadores desocupados que vienen persistiendo en su reclamo de trabajo digno, seguramente sería mayor la desigualdad social que pone en jaque a una concepción amplia de democracia. Asimismo, sin los organismos de derechos humanos serían más acotadas la memoria, la verdad y la justicia, también constitutivas de la democracia como forma de vida. Y, como comprobamos recientemente, el reconocimiento de la Interrupción Legal del Embarazo como una cuestión de salud pública necesitó de una prolongada y masiva campaña liderada por mujeres organizadas.

¹ Doctora en Historia (UNLP), magister en Sociología de la Cultura y Análisis cultural (IDAES/UNSAM) y profesora de Filosofía (UBA). Trabaja como docente en UNSAM y UBA. Es investigadora asistente del CONICET con sede en CeDInCI e integra el Comité editor de *Políticas de la memoria. Anuario de Investigación del CeDInCI*. Investiga sobre intelectuales latinoamericanos, filosofía y política en el siglo XX. Es autora de *Todo lo que necesitás saber sobre la Reforma Universitaria* (Paidós, 2018), *Carlos Astrada. Textos de juventud*, en coautoría con Lucas Domínguez Rubio (CeDInCI / Tren en movimiento, 2021) e *Inventar a la juventud universitaria. Una historia político-cultural del movimiento argentino de la reforma universitaria (1900-1930)* (Eudeba, 2021).

La filosofía argentina hizo sus aportes en los inicios de la reconstrucción jurídica de la democracia. La argumentación de destacados filósofos del derecho fue central en la evaluación que realizó el gobierno de Raúl Alfonsín de la ecuación gobernabilidad-justicia y en su consiguiente decisión de limitar el alcance jurídico de la justicia para fortalecer la gobernabilidad. Los filósofos especializados en ética se encargaron de defender esa decisión desde la teoría de los consensos pragmáticos y racionales mientras que los orientados a la epistemología sistematizaron el Pensamiento científico para que –junto al conocimiento de la historia argentina y de sus instituciones ofrecido por Sociedad y Estado– fuera una de las dos materias obligatorias para todo estudiante del Ciclo Básico Común (CBC), ciclo de seis materias que reemplazó a los cupos y exámenes de ingresos en un intento de llevar algo de la democracia a la Universidad de Buenos Aires.

A distancia de esos aportes, la ampliación de la justicia que efectivizó dos décadas después el gobierno de Néstor Kirchner no parece haberse valido del saber filosófico local. Éste tendió a cumplir el previsible papel de búho de Minerva, que alza su vuelo, en este caso, luego de que los organismos de derechos humanos hubieran desplegado diversas estrategias –no sin vinculación con algunos intelectuales que introdujeron conceptos filosóficos– para rearticular la relación entre democracia y justicia desde una impugnación del sistema jurídico entonces vigente. Y un papel similar parece estar cumpliendo la filosofía académica –e incluso la sociología y otras humanidades– ante el crecimiento de una ultraderecha antidemocrática.

Si bien las ofrendas de la filosofía académica a la democracia fueron limitadas, ésta tuvo para ofrecer algunas condiciones que la filosofía supo aprovechar. La investigación filosófica y las humanidades en general han registrado una marcada profesionalización, diversificación y ampliación. La estabilidad institucional de las últimas cuatro décadas permitió que las cátedras universitarias realizaran sus tareas de docencia, investigación y –en una medida mucho menor– extensión con una autonomía y una libertad que sólo se había registrado de modo muy intermitente en el siglo XX. A su vez, la mencionada obligatoriedad de la materia Pensamiento científico en el CBC aseguró una salida laboral para un número significativo de egresados de la

D O S S I E R
**POTENCIA Y
 PENSAMIENTO**
 a 40 años del retorno
 de la democracia en Argentina



carrera de filosofía, impulsó el desarrollo local de la epistemología y legitimó socialmente a ésta y a la filosofía en general.

En las dos últimas décadas se sumaron la apertura de algunas carreras de filosofía en universidades nuevas y el fortalecimiento del Conicet. El creciente financiamiento de becarios doctorales y de investigadores de planta permitió una vinculación más estrecha y de más egresados con los internacionales en los que se producen las filosofías aquí recepcionadas, o bien se realizan las lecturas críticas de filósofos del pasado sobre los que también se ocupan las investigaciones locales. No deberíamos cerrar esta lista sin mencionar la reciente y polémica incorporación del profesorado y la licenciatura en filosofía a las líneas estratégicas que financian las Becas Manuel Belgrano del Ministerio de Educación de la Nación.

D O S S I E R
**POTENCIA Y
 PENSAMIENTO**
 a 40 años del retorno
 de la democracia en Argentina



Fue en las nuevas condiciones democráticas que la filosofía analítica alcanzó el notorio desarrollo local que continúa registrando. Otro grupo de filósofos se encargó de la recepción y la enseñanza de los filósofos canónicos desde la antigüedad hasta la modernidad y de las filosofías del sujeto, cuyo desarrollo en sus más diversas versiones prácticamente ha desplazado de la academia a

las filosofías de tipo estructural. Es en esas filosofías del sujeto que tendieron a inscribirse los feminismos que impulsaron un grupo de egresadas desde fines de los ochenta y que en la última década, en medio de la “marea rosa”, ampliaron su espacio académico y sobre todo su intervención –no siempre buscada– más allá de la academia. Si bien en todas esas líneas puede reconocerse la persistencia de intereses académicos iniciados varias décadas antes, es sin duda una novedad a destacar que su producción actual sea equiparable a la de los centros europeos más reconocidos.

Una tercera línea se constituyó en la atención a los intelectuales que desde los inicios de la Argentina recepcionaron las filosofías europeas para teorizar sobre la nación, el progreso y la modernización. A distancia de la dimensión moral que suele recorrer al estudio de la “filosofía argentina”, se viene desarrollando un estudio del “pensamiento argentino” que se orienta por una serie de postulados teórico-metodológicos sobre los modos de investigar las ideas y su circulación provenientes de la historia intelectual. Cuando inscribo mis investigaciones en esta línea, busco que, a pesar de su proce-

dencia no filosófica, esos postulados problematizan cuestiones que amplían y renuevan la producción filosófica. Entre ellas destacamos la coherencia como horizonte indiscutido de interpretación filosófica, la delimitación entre concepto abstracto y sentido epocal contingente, la materialidad de las ideas, la autenticidad de una teoría respecto de sus recepciones, la agenda compartida de problemas filosóficos entre centros de diversas latitudes y el modo en que la filosofía se relaciona con el presente.

Esta última cuestión estuvo en el centro de las discusiones de varios de los filósofos que regresaron del exilio y se incorporaron a la enseñanza universitaria, sobre todo en sus debates y balances sobre la caducidad o la persistencia del marxismo como filosofía y de conceptos que fueron centrales en la radicalización revolucionaria de los setenta, como pueblo, liberalismo y democracia. La escasa circulación académica de esas discusiones tiende a confirmar que la filosofía se reconstruyó asumiendo que el presente democrático portaba una contingencia que no merecía de la reflexión filosófica. Pero, como era esperable, ésta encontró otras vías para desplegarse. Las revistas culturales habilitaron un cruce disciplinar desde el que se desarrollaron, al menos, dos discusiones filosóficas que marcaron el entresiglo, como lo fueron el fin o la continuidad de la modernidad y la implicancia entre un posible totalitarismo de la teoría y el imperativo ético del no matarás. Es más, en la distancia con el presente, la filosofía académica estableció su marca de distinción respecto de la historia, la sociología y la politología. Todas ellas coincidieron en que para sus desarrollos eran imprescindibles la estabilidad y pluralidad institucionales de la democracia. Pero la renovación de las últimas tres disciplinas procuró entender –y evitar– los sucesivos golpes de Estado que sufrió la Argentina. A ello se orientó gran parte de la actualización de las teorías sobre el Estado así como las precisas y novedosas reconstrucciones del desarrollo de las instituciones estatales y de las diversas organizaciones sociales. Y otro de los modos que ensayó para construir la democracia fue la amplia difusión de esos análisis en la sociedad en su conjunto.

Para concluir volvamos sobre la denuncia del editorial del último número de *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*. Allí se subraya que la destacable filosofía académica actual se desarrolla aceptando arbitrarias prácticas expulsivas y desiguales condiciones materiales, prácticas y condiciones que dificultan el ingreso del

pueblo y terminan por impedir que una filosofía orgánica al Estado articule los reclamos populares. Pero de ello no se desprende que debamos esperar a lograr ese ingreso para que deje de primar la reducción del presente a una contingencia que carece de interés filosófico. Más bien, estas notas proponen que si la filosofía tiende a ser una disciplina de élite no es sólo por prácticas y condiciones heredadas –que también se registran, aunque en un grado menor, en la historia, la sociología y la politología–, sino sobre todo por definiciones e intereses que sostenemos quienes actualmente inscribimos nuestras

docencia e investigación en la filosofía académica. Hemos perdido la oportunidad de que la sociedad que comenzó a reconstruirse hace cuatro décadas contara con análisis filosóficos que sistematizaran las diversas concepciones democráticas, las pusieran en relación con las desigualdades de género, etnia y clase y, en definitiva, abrieran la posibilidad de inscribir la democracia presente más allá del liberalismo y del mercado. Cuestiones que, como mencionamos, llegaron de todos modos a la filosofía y que apostamos a que permanezcan entre los desafíos de la producción filosófica contemporánea.

D O S S I E R
**POTENCIA Y
PENSAMIENTO**
a 40 años del retorno
de la democracia en Argentina

